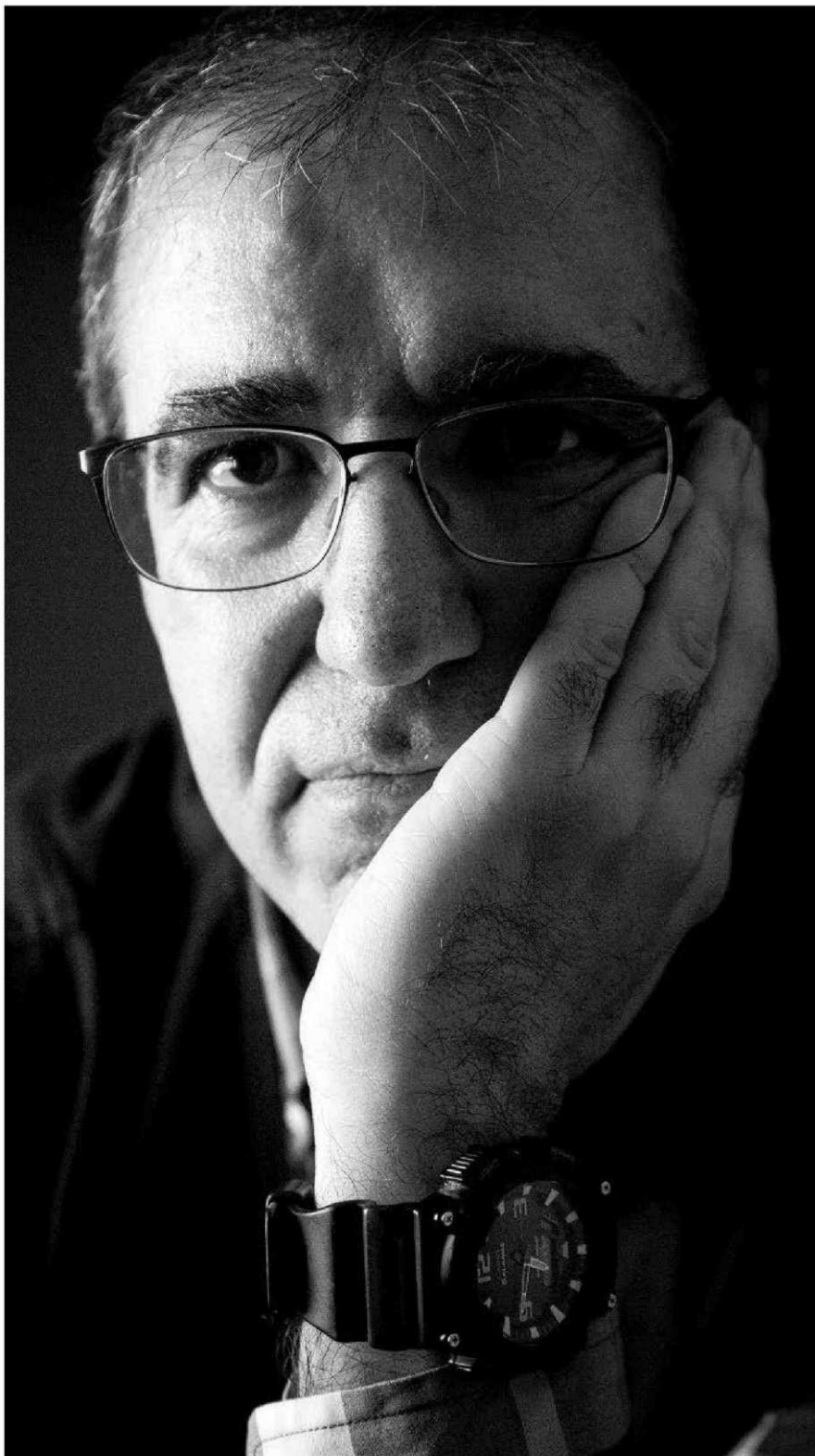




## PERSONAJES A LA ÚLTIMA



SOLETE CASADO

MIGUEL ÁNGEL VÁZQUEZ-MOZO  
IMAGINACIÓN Y  
CONOCIMIENTO

ANTONIO MARCOS

«La ciencia no es nada dramática: hacemos pequeñas preguntas y tratamos de componer un collage que nos permita mover la barrera del conocimiento un poquito más allá», dice Miguel Ángel Vázquez-Mozo, profesor del área de Física Teórica en la Universidad de Salamanca. La ciudad conserva en algunos rincones ese viejo aroma de los saberes: científicos en despachos con vistas a las catedrales y, sobre la mesa, folios repletos de ecuaciones que describen las leyes que rigen el universo. Seguramente podría escribirse una historia de Salamanca basada en esos empujones a la barrera del conocimiento, en sus momentos de protagonismo en el camino desde las creencias a las evidencias y en sus destellos de imaginación. «La ciencia es ver cosas que nadie ha visto antes. Sin imaginación no hay ciencia», explica.

Miguel Ángel ha centrado sus investigaciones en las teorías cuánticas de campos y de cuerdas, los umbrales del conocimiento especulativo sobre el universo. Hace ciencia y enseña, no sólo en su Facultad sino también a los estudiantes de Filosofía. «No hay una cultura de ciencias y otra de letras. No creo en eso. Puedes tener una experiencia estética con la Teoría General de la Relatividad. Hay una idea básica, una ley fundamental de la naturaleza —que la geometría está condicionada por la materia— y la puedes ver casi de una manera intuitiva. Eso es belleza, es como una composición de Mozart», afirma. En las paredes de su despacho, en el antiguo edificio del colegio Trilingüe, dos retratos: Kepler —«el padre de la astronomía moderna e incluso de la literatura de ciencia ficción»— y Bach, «el músico total».

La primera detección de ondas gravitatorias, anunciada en febrero del año pasado, abre un momento excitante para la ciencia. Básicamente, se midió el registro del choque de dos agujeros negros en una galaxia remota hace 1.300 años, una especie de pequeña ola en ese océano de espacio-tiempo cuatridimensional en el que vivimos y que ya Einstein describió. «Eso nos abre una nueva ventana para mirar el universo», dice. Miguel Ángel destaca como momento álgido para la historia científica la primera mitad del siglo XX, aunque si alguien fabricara una máquina del tiempo viajaría bastante más atrás, al encuentro entre el astrónomo Tycho Brahe y Johannes Kepler en el castillo de Benátky, en Praga, el 4 de febrero de 1600. «Es un momento crucial. Sin los datos de las observaciones de Brahe, la ciencia hubiera tenido que esperar para conocer los descubrimientos de Kepler y Galileo». Puestos a viajar, un salto más, otro encuentro con grandes resultados: el de Federico el Grande y J.S. Bach el 7 de mayo de 1747. El soberano le dio al músico una idea, una frase musical que se convertiría en la *Ofrenda* musical, una pieza llena de enigmas.

Ese ansia por saber, por no quedarse parado en lo ya conocido, dejó maltrato el volumen de ciencias naturales de la enciclopedia visual *Sé Todo*, que le regaló un tío en su primera comunión. «Todavía lo tengo, nunca tiro un libro», dice Miguel Ángel, que más tarde siguió con fervor la serie *Cosmos*, de Carl Sagan, y recuerda como un punto determinante la lectura de una biografía de Ramón y Cajal. Lector voraz de los clásicos alemanes, los románticos ingleses y, periódicamente, de *El Quijote* —«en cada página hay una perla de sabiduría, es una lectura totalmente placentera»—, ahora aprende japonés atraído por la obra de Mishima y le gustaría poder leer a Tolstói en ruso. «Creo que eso ya va a ser imposible», bromea. Está escribiendo un libro sobre historia de la física y todavía le queda tiempo para escribir extensos, amenos y muy documentados artículos divulgativos. «Hay que divulgar el conocimiento asentado, destilado, y hacerlo sin sensacionalismo. Ahora se destaca enseguida cualquier cosa que llama la atención y así se confunde a la gente».

En un momento donde todo parece opinable y maleable, bienvenido sea el rigor científico.

